

ser el amor inmenso é instintivo de los animales, pero afinado como el de la mujer.

No tenía, por lo tanto, mérito alguno ni se imponía ningún sacrificio al dar la vida por su hijo. No una, sino diez, cien vidas hubiera él dado con placer por asegurar á Santiago el pan, el abrigo, la libertad y la vida.

Él, el acusado, levantaba con altanería la frente ante los jurados, pálidos y como aterrorizados de la sentencia de muerte que iban á dictar.

Había llegado la hora, el minuto decisivo.

Todo acusado se estremece cuando se acerca el momento de escuchar su sentencia. ¡Ese minuto es la piedra de toque del valor y la fanfarronería!

Bien fuerte es el hombre que se atreve á mirar cara á cara á su destino, al desconocido terrible, á un porvenir que puede ser de libertad ó de sangre, según que las bolas que caigan en la urna contengan un *sí* ó un *no*.

Noel Rambert, al escuchar su sentencia de muerte, levantó con arrogancia la cabeza, y pareció que una estrella de dicha pasaba por las pupilas de aquel hombre, que se entregaba al sacrificio en aras de su locura de cariño y de su apetito amargo y exaltado de morir.

A sus labios subió un nombre que lo consoló y que casi le impidió escuchar su sentencia.

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago!

La muchedumbre empezó á disolverse en silencio, preguntándose instintivamente que hombre raro era aquel á quien se acababa de sentenciar á muerte.

### III.

#### Dos amigos.

Daniel Mortal triunfaba. Había decretado y realizado lo que parecía imposible por el solo esfuerzo de su voluntad. Había arrancado una confesión al inocente, y acababa de endosar su crimen como se endosa un crédito dudoso, á un pobre hombre.

Salió orgulloso del Palacio de Justicia, contoneándose con altanera sonrisa de desprecio para aquella muchedumbre que se atenía á las apariencias y maldecía al condenado.

—Por mi fe—pensaba—que no he perdido el día.

Subió en un coche, bajó el cristal de la venta-

nilla y contempló con gozo los muelles atestados de gente, las casas, el Sena y el día esplendente, dichoso, primaveral de Abril.

—¿Quién diablos—se decía—habrá inventado los remordimientos? Sólo una histérica loca ó un miedoso puede creer en ellos. ¡Vaya una ilusión la de la conciencia! Ningún cirujano la ha encontrado bajo su escalpelo. Yo tengo, como todos los hombres, mi corazón y debo tener esa conciencia; pero que me ahorquen si me molesta en lo más mínimo por lo que acabo de hacer.

—Y después de todo—continuaba—razonemos. ¿Es culpable lo que he hecho? He comprado á un tísico una palabra, una confesión. La he pagado cara. Ese hombre asegura á su hijo una fortuna y no muere, después de todo, más que dos ó tres meses, pongamos un semestre, antes del término fatal. Toma al verdugo por médico. Vende su cuerpo. Es un sencillo negocio comercial. Es á la vez un contrato original y ordinario. ¡Ah! ¡viva la vida!..... ¡Excelente cigarro!

Al llegar al hotel preguntó en seguida por Clara. Tenía prisa de hacerle saber lo ocurrido en el Palacio de Justicia, de triunfar de sus sospechas insultantes. Pero la señora había salido á visitar á sus pobres.

Esperó hasta que vió entrar á Clara vestida de negro y con su siempre hermoso, pero pálido rostro, como metido en un cuadro formado por las bridas y terciopelos del sombrero.

Habló con ella largo rato. La contó pausadamente lo ocurrido, gozándose en su triunfo y sintiendo un especial deleite con cada una de las exclamaciones de la pobre mujer.

Todo indicaba en él el orgullo de su triunfo: la mirada, la voz y los gestos. Dejaba escapar sus alegres impresiones, en tanto que Clara con la cabeza inclinada escuchaba inmóvil y silenciosa.

Cuando él terminó su relato, Madame Mortal se puso en pié, levantó la cabeza y le dijo:

—¡Y bien! ¡Sí, confieso que me he equivocado! ¡Que os he acusado injustamente! ¡Que no habéis sido vos, sino ese hombre, quien ha asesinado á Mr. Laverdac! Nunca volveré á pronunciar ante vos el apellido Laverdac. Noel Rambert ha confesado y ha sido condenado, y esto me basta. Pero este hecho no termina la cruel situación en que nos encontramos. Si yo he sido capaz de acusaros, es porque me encuentro herida en el corazón. Vos me habéis acusado de amor á aquel hombre, lo que era un grave ultraje, y yo os he acusado de haberle matado. Cuando semejantes pensamientos invaden

los espíritus, es porque hay en los corazones odios irreconciliables. No tratéis de reparar lo que es irreparable. Viviremos, pues, extraños el uno al otro, viviendo al parecer juntos, pero separados en realidad por el abismo de donde han salido tan incalificables y mutuas sospechas. Quiero creer que estáis convencido de que soy una mujer honrada; yo acabo de saber que debo tener por cierta vuestra inocencia. No tenemos, pues, que vernos, ni siquiera para arrojarnos al rostro nuestras cóleras y nuestras amenazas.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Mortal.

—Que yo llevaré vuestro nombre, pero que no seré en adelante vuestra mujer.

—¡Bah! ¡capricho de mujer hermosa exasperada! ¡Eso no durará más de lo que dura una tormenta!

—Yo no os amo—dijo Clara lentamente—y una sola cosa une mi existencia á la vuestra: el deber.

—¡Pues bien!—respondió Mortal con frívola impertinencia; me conformaré con eso hasta nueva orden.

Conoció que la conversación se iba haciendo difícil, y que no era muy bonito su papel. La cortó, pues, casi bruscamente, saludó á Clara y entró en

sus habitaciones, donde encendió un nuevo cigarro y se entregó á sus pensamientos, contemplando las espirales formadas por el humo.

Sentía en el fondo del corazón cierta irritación amarga por no haber podido reducir, obligar á Clara, cuya implacable frialdad acababa de experimentar más fuertemente que nunca. Su amor, sus deseos no bien saciados, y su amor propio, protestaban y se irritaban ante aquella resistencia.

Luego, mirando al pasado, se consolaba con los estremecimientos de dicha que experimenta una bestia feroz al escapar de un lazo. Esta satisfacción le devolvió la alegría y le decidió á asistir aquella misma noche á la primera representación de una opereta, en la que durante los entreactos se habló de política, de música y de Noel Rambert.

La noticia de la condenación del pobre hombre había cundido bien pronto.

Entre los camaradas de taller de Noel se hacían mil comentarios.

—Si algo ha hecho—murmuraba un viejo que conocía bien á Rambert—no ha sido más que por su hijo. Hay virtudes que se convierten en crímenes. Fíese usted de las apariencias.

Otros decían:

—La vida nos reserva muchas sorpresas de este género.

Y algunos, por último, exclamaban:

—¡Eso no es posible! en ese drama debe haber algo oculto.

Uno de los escribientes de la casa Potonié juzgó sentenciosamente el asunto:

—Siempre creí que Rambert acabaría mal— dijo.—Tenía demasiado amor al dinero. Cada vez que cobraba su semana se le veía enloquecer de alegría.

A Pascual Arthet le había producido aquella confesión el efecto de un tiro. Le parecía posible que Rambert hubiese sido condenado, pero no comprendía que Noel hubiese confesado que era culpable.

El *sí* de aquel hombre había producido en Arthet el mismo efecto que si se le desplomase encima la habitación.

No lo creía, no quería creerlo.

Santiaguito le vió llegar aquella tarde pálido y triste hasta lo sumo.

Corrió hacia él, cogió entre sus manecitas los nervudos dedos del médico y le preguntó con dulzura:

—¿Qué tiene usted, señor Arthet?

Pascual se conmovió profundamente. La voz del niño le llegaba al alma en aquellas circunstancias.

—No tengo nada— le dijo;—déjame.

—Si no tiene usted nada, ¿por qué llora usted ahora?

Arthet lloraba efectivamente. Una lágrima, una sola, se deslizaba con lentitud por su morena mejilla; lágrima hecha brotar por el dolor más profundo y más varonil que puede experimentar un hombre.

Cuando aquella lágrima se hubo perdido en el bigote ya gris del médico, y éste consiguió dominar, ahogar su emoción, dijo al niño con voz metálica y profunda:

—Sí, Santiaguito; lloro, lloro.

Y añadió en voz baja:

—Y lloro, porque hay algo más triste que un ser que muere, y es una conciencia que se anega.

Santiaguito le miraba.

Sus inteligentes y grandes ojos parecían decir que su infantil cerebro había comprendido.

—¿No ha sido *él* quien os ha causado pena, verdad, señor Arthet?— le dijo.

—¿Él?

—¡Sí!..... ¡papá! Papá que tanto os quiere, y

que en ningún caso podría producirnos disgusto. Le veremos pronto, ¿verdad, señor Arther?

—No—dijo Arthet;—todavía no.

Y atraído hacia sí al niño, le sentó sobre sus rodillas, le besó repetidas veces, y luego le dijo con ternura:

—Mírame bien, Santiaguito, hijo mío. Desde hoy tu padre soy yo.

—¿Vos mi papá también? ¡Oh! perfectamente. Entonces tendré dos papás y los querré con toda mi alma.

Arthet deseaba ver de nuevo á Noel. Sentía necesidad de mirarle cara á cara y de darse exacta cuenta de la horrible verdad, de la culpabilidad del pobre hombre. A fuerza de insistir consiguió que le dejaran ver al reo.

El infeliz estaba completamente desfigurado. Sus cabellos se habían vuelto blancos, y en sus ojos brillaba una llama extraña.

Pascual quedó durante un momento en silencio contemplando á Noel, y luego le preguntó:

—¿Pero sois vos, Rambert?

—Sí, yo soy. Yo, condenado. ¿Qué opina usted de mí?

—¿No habéis confesado?—dijo Arthet con voz grave, severa é interrogante.

—Sí, he confesado—dijo Noel con resolución.

—Luego es cierto.....

Rambert miro á Pascual, sin responderle.

Sentía acudir las palabras á sus labios y tenía miedo de hablar. Temía decirlo todo.

—No sé si he asesinado ó no—dijo por fin en voz baja, como un murmullo;—pero sé que me han condenado, y me felicito de ello, porque así acabaré de una vez.

—Noel—dijo Arthet—esta entrevista es solemne, pensadlo bien. No es posible que seáis un asesino. ¿Qué es, pues, lo que ocurre? Miradme bien; y repetidme lo que habéis dicho á vuestros jueces.

—He dicho que yo era el asesino de Mr. Lavardac.

—¿Luego me engañabais al decirme que erais inocente?

—Preciso es que os haya engañado á vos ó á los jueces.

—¡Ah!—dijo Pascual—ó estáis loco ó sois muy desgraciado. No mentáis, no, cuando me hablabais; lo juraría; vos no habéis asesinado á ese hombre.

—Lo he confesado—respondió Noel—y eso es lo importante.

—Si lo habéis confesado — continuó Arthet— habéis arrojado vuestra cabeza á los pies de los jueces; habéis despistado á los que creían en vuestra inocencia. Y ¿sabéis por qué he venido á veros? Porque á despecho de vuestra misma confesión, creía y creo que no sois culpable. ¿Que habéis asesinado á un hombre para robarle? ¿Que os habéis inclinado sobre su cadáver para arrebatarle el dinero? ¿Que le habéis desbalijado como un salteador de caminos? ¿Es eso posible? No, y mil veces no. Los asesinos son cobardes, y me consta que vos no lo sois. Hay algo dentro de mi ser que se revuelve contra esa idea, que protesta contra esa evidencia y que cuando decís: «Yo lo he hecho todo», me impulsa á contestar: «¡Mientes!»

Noel, en pie y con el pañuelo en la boca, procuraba ahogar á la vez la tos y los sollozos. Gruesas lágrimas hinchaban sus párpados. Todo su cuerpo temblaba; le recorría un estremecimiento doloroso de los pies á la cabeza. Iba á exclamar: «¡Pues bien, sí; habéis adivinado y yo he mentado, pero soy inocente!» pero el dolor lancinante que sentía en el pecho, y le recordaba la proximidad de su última hora, le hicieron pensar en Santiaguito y decirse interiormente en tanto que una sonrisa resignada crispaba sus labios:

—¿Para qué? que lo crea éste también..... como los otros.

Dejó caer sus brazos á lo largo del cuerpo y dijo lentamente con voz entrecortada por los accesos de tos:

—No me habléis de eso, Sr. Arthet, si no queréis hacerme el más desgraciado de los hombres. ¿Quién puede sondear la conciencia de un ser? Nadie. Día llegará en que se sepa lo que he hecho, ó por mejor decir, lo que hago. No me preguntéis nada. Me creéis inocente y os lo agradezco. Sé que tenéis el corazón más grande y más leal que late bajo el sol. Mucho había sufrido antes, pero aun he sufrido más desde que empezaron mis relaciones con Marta, y enamorado como un loco olvidé todo lo que no fuera aquella mujer, y me dije:

«La libertad cuesta cara. He sufrido mucho y he estado preso por ella. He tratado de lograr que los demás fueran más libres; trataré ahora de ser un poco dichoso.»

Ya sabéis lo que me pasó después. Si no hubiera tenido á Santiaguito, me hubiera arrojado al Sena muchas veces. Sé que el suicidio es una cobardía, y que hay modos de morir con más provecho. ¿Quién sabe si será una de esas maneras la que yo he escogido? Acaso llegue un día en que vos

mismo os admiréis. Pero, ¿de qué admiraros? No, yo he sido acusado de asesinato; me han probado mi delito..... Yo he dicho: «Sea, es cosa convenida. Soy un asesino, condenadme.» Ahora sólo me falta subir al cadalso, y todo estará terminado.

—Pero, en fin—dijo explosivamente Arthet—¿habéis asesinado ó no?

—No más preguntas, os lo suplico—respondió Noel horriblemente pálido. —Que haya asesinado ó no, voy á dirigiros dos ruegos, que espero atendáis en recuerdo del afecto que siempre me habéis demostrado y del que sentís por el niño.

—¿Cuáles son?

—Prometedme, ante todo, que los cumpliréis.

—Decidme á quién hablo; ¿al ciudadano Rambert, ó á Rambert el asesino?

—Vos sois caritativo, Sr. Arthet. Amáis á mi hijo. ¿Son acaso responsables los hijos de los crímenes ó locuras de los padres? Prometedme hacer por Santiago lo que voy á pedir, aunque yo fuera..... el asesino de Mr. Laverdac.

Arthet, que no había temblado nunca, temblaba sin embargo en presencia de aquel moribundo condenado á muerte. Sentía un espanto instintivo. Temía tanto encontrar en Rambert una víctima, como saber que era un asesino.

—Haré lo que me pidáis—le dijo.

—Pues bien—dijo Rambert.—Yo no querría morir en el cadalso; la guillotina mancha más que la condena..... No quiero esa vergüenza para mi hijo..... Quiero morir en la prisión..... ¿Comprendéis? Y temo que la tisis no sea bastante pronta y que conserve mi cuerpo para el verdugo.

—¿La tisis?—dijo Arthet—¡Tal vez con sol y alegría os arrancase yo á la muerte!

—¡Es demasiado tarde! He aquí lo que deseo, lo que os suplico. Yo pediré un libro, un libro antiguo para leer, y lo que os pido es que pongáis en su cubierta una hoja de papel impregnada en veneno, en un veneno rápido; yo mascaré la hoja y me libraré del cadalso.

—¿En qué libro queréis que ponga esa hoja?

—Pediré el *Silvio Pellico*. En él aprendí á leer y aprenderé acaso á morir.

—Está bien—dijo Arthet.

—¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo.

—Bueno—respondió fríamente Noel.

Luego continuó:

—La otra cosa..... ¡Ah! La otra cosa es para Santiaguito. Iréis á casa de Mr. Daniel Mortal; Daniel Mortal, ¿os acordaréis?

—Sí; le conozco—respondió Arthet.—Pero ¿qué tiene que ver Mortal con.....?

—¿Qué tiene que ver conmigo? ¡Oh! Le conozco muy poco. Pero tiene unos papeles..... En fin, él me ha ofrecido dar una cosa para Santiaguito..... Mr. Mortal os entregará un papel..... un sobre cerrado. Si os dirige alguna pregunta, no le contestéis..... Sería de Marta de quien os hablase..... y ya sabéis que yo quiero olvidarla..... Guardaréis, pues, el papel que os entregue Mr. Mortal..... Le guardaréis escrupulosamente, señor Arthet, os lo suplico..... y cuando el niño tenga veinte años, lo abriréis..... Es una sorpresa..... Una renta..... No sé á punto fijo qué es lo que contiene..... En fin, ¿me prometéis ir á buscarlo, guardarlo y no abrirlo antes de tiempo?

—Ya lo he prometido, Rambert..... pero ese papel..... Mr. Mortal.....

—¡Ah! Ya vais á buscar, á imaginar cualquier cosa. No os calentéis la cabeza. Es lo más sencillo del mundo. Ese Mr. Mortal se interesa por el niño, y me ha escrito aquí, á la cárcel, para decírmelo y explicarme lo que debía hacer.

Y explicaba á Arthet estupefacto la forma del sobre que Mortal había de darle, la señal hecha con la uña en el sello de lacre rojo, etc.

—Pero ¿sabéis qué clase de hombre?.....—dijo Arthet, interrumpiéndole.

—No. ¿Y para qué quiero saberlo? Me lo habéis prometido y no creo que dudéis en hacerlo.

—No. Iré á casa de ese hombre.

—Gracias—dijo Rambert.—Ahora la última petición. No quisiera que Santiaguito llevara el apellido de un condenado á muerte. ¡Probablemente el apellido Rambert será objeto de coplas que cantarán los ciegos por las calles! Tampoco quisiera que su madre volviera á encargarse de él, y.....

—¿Queréis que adopte yo á Santiaguito?—dijo lentamente Arthet.

—¡Yo! ¿que si quiero?—exclamó Rambert, cuyos ojos brillaron con un relámpago de sublime alegría.

—Pues bien—dijo Arthet—decidme si habéis asesinado ó no á ese hombre.

—He confesado—repitió sordamente Noel.

—¿Le habéis asesinado ó no?

—He confesado—volvió á repetir Rambert.

—¡Ah! ¡pobre loco! Hay algo en vos que no puedo entender ni adivinar. ¡Sin duda es algún misterio, algún dolor terrible, algo espantoso! ¡Pero tenéis razón! Que seáis ó no culpable, existe

un ser que nada sabe de todo esto, y que, inocente en absoluto, llevaría el peso de lo que vos expiaréis. Pues bien, morid tranquilo, Noel. Santiaguíto no tendrá que enrojecer por el apellido Rambert, de que hubiera debido estar tan orgulloso. Llevará el mío; será mi hijo.

—¡Ah! ¡toda mi vida, toda mi sangre, todas mis fuerzas, mi esqueleto entero os daría yo, si todo ello valiese algo, por esas palabras, por esa bondad, que hace de mí, condenado, manchado y despreciado de todos, un hombre más feliz que el más poderoso y más rico de la tierra! ¡Mi Santiago, mi Santiaguíto, educado y querido por vos! ¡Ah! ¡estoy seguro de que haréis de él un hombre de provecho!

De pronto, y ante esta nueva idea de que Santiaguíto iba á ser educado por Arthet, Noel retrocedió aterrorizado. Su sacrificio resultaba inútil, puesto que la vida y el porvenir de Santiago estaban asegurados.

De nuevo le asaltó la tentación de decirlo todo, de confesarlo todo.

Pero Arthet le volvió bien pronto al sentimiento de la realidad.

—Sí; será un hombre de provecho — dijo Pascual;—pero no sé si pobre y vencido como estoy, conseguiré hacerle dichoso.

—¡Pobre y vencido!—repitió Rambert.

Y pensó al mismo tiempo:

—Es verdad. Arthet es pobre, y pobre sería también mi hijo.

—Pero ¿qué importa la pobreza? Tendrá honra.

—Y será rico — pensaba Rambert. — Sí; rico, rico. Vamos, cuerpo miserable. ¿Quieres tú regalarle el bienestar?

Arthet le miró con ojos tristes y abatidos.

—¿Tenéis algo más que decirme? — le preguntó.

—Nada más—respondió Noel.

—¿Luego tienen razón? ¿Luego sois culpable? Rambert no respondió.

—Me voy — dijo Arthet. — Ya no volveréis á verme. Cumpliré todas mis promesas.

—¿Todas?

—Todas. Adiós.

Arthet dió un paso hacia atrás, y luego retrocedió bruscamente.

—¡La verdad! — dijo. — ¡Rambert, vamos, en nombre de nuestro pasado, de nuestra vida de cariño, de nuestros comunes proyectos y esperanzas, la verdad, la verdad, dígame usted la verdad!

—La verdad es que os quiero tanto como á mi hijo. La verdad es que soy un pobre diablo á quien

nadie perdonará más que vos. La verdad es que deseo vivamente morir, y que la vida, este harapo de existencia que me queda, me pesa y me ahoga. La verdad es que moriré fiel á mis primeros sueños, y que mi última plegaria será ésta: «Antes de maldecirme, esperad!»

—¡Esperar!.....—dijo Arthet.

Rambert repitió por tres veces:

—Adiós, adiós, adiós.

A pesar de las declaraciones de aquel hombre, Pascual Arthet pensaba, al volver á su casa, que aquel á quien acababa de hablar por última vez no era un asesino, sino un mártir.

#### IV.

##### El culpable.

Había en este gran París una mujer aniquilada, inconsolable como la Raquel bíblica, que se entregaba en completa soledad á sus tristes pensamientos en tanto que se dictaba la sentencia de muerte contra Noel Rambert.

Cuando Madame Laverdac supo la condenación de aquel hombre, movió la cabeza, y dos lágrimas

amargas y dolorosas acudieron á sus ojos, en tanto que decía:

—Sí..... condenado..... pero ¿me devolverán con eso á mi hijo?

En tanto aquel á quien la ley castigaba como el asesino de Paul Laverdac, dentro ya del doloroso camino del sacrificio—de un sacrificio loco y sublime á la par, pero cierto de asegurar á Santiaguito una fortuna y de evitar el cadalso por medio del veneno—se sentía animado de una alegría bienhechora como la que produce un baño ó un hermoso despertar. Le parecía haber logrado el objeto de toda su vida. Olvidaba la prisión, los jueces, los carceleros, la acusación y el veredicto. Todo aquello era para él una fantasmagoría, un sueño de enfermo, una pesadilla sin consecuencias. La única realidad para él era ésta: «Mi Santiaguito será rico.»

El pobre hombre no tenía otro pensamiento, ni sus labios articulaban otras palabras.

Le parecía que aquella riqueza no costaba nada.

Además, parecía que la tisis empezaba á apaciguarse. No tenía ya tos, y hasta sus fuerzas iban en aumento.

Noel se sentía reanimado y rejuvenecido. Decía algunas veces:

—¿Quién sabe? Acaso pudiera vivir.